

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

Valores y giros a A. Barrera

Redacción y Administr.: PERU 1537

U. Telefónica: 478 - B. Orden

El frente único del Socialismo

La única misión del socialismo consiste en mantener cierto equilibrio en las relaciones sociales, evitando las luchas violentas y los bruscos choques entre las dos fuerzas antagónicas del capital y el trabajo. Y en esa labor puramente reformista, conservadora de las instituciones actuales, reside toda la obra del socialismo y de los representantes de ese partido en los parlamentos burgueses.

La modalidad comunista, que respondía a un grado de excitación popular e interpretaba la política de arrebató de los dictadores rusos, parecía haber dado un nuevo rumbo al socialismo, agitando las aguas estancadas en la charca parlamentaria y desarrollando las energías en esa masa obrera acostumbrada a la pereza y que todo lo esperaba de la actividad de sus jefes. Pero pasó el momento de fiebre y el bolcheviquismo, viciado más y más en el ejercicio del poder, acostumbrados sus jefes a mandar y ser obedecidos, sensualistas hasta en el crimen, retorna a los cauces serenos de la legalidad y del orden confundiendo-se con el resto de los reformistas excomulgados por Moscú.

Hoy, perdido de hecho el apoyo del proletariado consciente, los comunistas dictadores, los sangrientos tiranos de Rusia, buscan apoyo en las fracciones del socialismo y en los hombres de la social-democracia. Los Gompers, los Thómas, los Johnaux, los Vandervelde y los Adlor, toda esa camalla salida de las filas obreras serán muy pronto los aliados de Lenin y Trotzky y entre la segunda, la dos y media y la tercera internacional no existirá ninguna diferencia sustancial.

En apoyo de su política internacional — de la política de su gobierno —, los bolcheviquis necesitan el concurso del socialismo reformista y amarillo. Las decisiones que se tomen en Génova, los compromisos que firmen los jefes comunistas con los representantes del capitalismo europeo, tendrá tanta más validez cuanto más opinión conquisten en Inglaterra, Francia e Italia los gobernantes rusos, dependiendo de la actitud que asuman los jefes del socialismo oficial el éxito de la futura política económica del soviét.

No deja de ser sintomático el hecho de que, a invitación de los jefes de la Tercera Internacional, se haya efectuado en Berlín una conferencia socialista, en la que estaban representados los mencheviquis rusos, los "amarillos" de Berna y los verdes de Viena. ¿Qué quiere decir, al poco tiempo de las excomuniones lanzadas desde Moscú contra los

CREADORES DE RIQUEZAS



En el fondo de la mina, alejado del mundo por un abismo negro y trágico, el minero arranca de las entrañas de la tierra preciosos tesoros: elementos de progreso, fuerza creadora, la materia prima para las industrias.

Y mientras la muerte se cierne sobre su cabeza, el minero saca a la superficie riquezas incalculables que sirven para que otros disfruten de la vida. ¿Es el progreso el que exige el minero tan enorme e inhumano sacrificio? No, es la avaricia del capitalista, el afán de lucro del patrono, el saqueo egoísta del parásito que vive de su sudor y de su sangre.

reformistas social-traidores, esa ensayada alianza entre la Segunda Internacional, la Dos y Media y la Tercera Internacional? Significa esto: que los bolcheviquis están dispuestos a hacer concesiones a los jefes del reformismo, renunciando a sus 21 puntos y limpiándose el traje con la célebre circular de Zinovieff. Y más que todo, este paso dado por los comunistas rusos, nos demuestra el paulatino alejamiento de su punto de partida, después del golpe de Estado (octubre de 1917), para retornar a su verdadero punto inicial: el parlamento y la política reformista, que significa en Rusia defender el gobierno creado por la minoría bolcheviqui y el ejercicio de la más feroz dictadura en nombre del proletariado.

El frente único del socialismo puede ser muy pronto una realidad, porque los políticos y autoritarios que responden a esas tres internacionales tienen un idéntico concepto en cuanto a la existencia y protección del Estado capitalista. Todo depende, pues, de la nueva política económica del soviét y de su retirada hacia el capitalismo.

Los hambrientos y los bienes de la iglesia

Los últimos informes publicados por la prensa dan como asegurado el éxito de la requisita de reliquias en las iglesias de Rusia, ordenada por el gobierno bolcheviqui. En todo el territorio de Rusia, dice un telegrama de Moscú, se lleva adelante activamente con el mayor rigor la requisición de los tesoros de las iglesias. En diez provincias se han recolectado ya 70 libras de oro y 17.820 libras de plata. En seis iglesias situadas en los alrededores de Moscú, las autoridades secuestraron el sábado 3.132 libras de plata, cierta cantidad de oro y 24 diamantes. Dos sinagogas suministraron 71 objetos de plata y dos de oro. En una sinagoga se procedió al arrebato de las personas responsables, por no haberse encontrado diez objetos que figuraban en el inventario.

Hasta el 13 de marzo las iglesias de la gobernación de Viatka habían dado 2.113 libras, o sea unos 4.500 quilates de diamantes, cerca de 10 libras de perlas y muchas otras joyas.

Se dice también que el alto clero se opone a las expropiaciones y que el patriarca Tkhon inició una campaña en defensa de los tesoros propiedad de la Iglesia.

El diario "Izvestia" anuncia que en Smolensk se produjo un choque, del cual resultaron algunas víctimas. Otro diario informa sobre una tentativa de

sublevación organizada por un grupo de anclanos y otros asaltantes, en una de las iglesias de Moscú.

Mientras de este modo siguen entrando grandes cantidades de oro, plata y alhajas en las áreas de la Comisión de Socorros en favor de los hambrientos, los diarios "Pravda" e "Izvestia" acuden en sus columnas que se apliquen a los dignatarios de la Iglesia y demás personas que se opongan directamente a la requisición, los mismos castigos previstos para los contrarrevolucionarios.

La política de la expropiación de reliquias y otros objetos de valor ocupados por el clero, si bien no servirá para solucionar el grave problema del hambre, dará buenos recursos al gobierno bolcheviqui para conseguir su reconocimiento por parte de los capitalistas. De todas maneras, la medida será mejor que aquella que tuvo como consecuencia la merma en la producción agrícola por negarse los campesinos a sembrar trigo.

Si el clero y los fieles se negaran en lo sucesivo a adornar las iglesias con objetos de valor, bien poco perdería el gobierno bolcheviqui. ¿No es curioso que sea la Iglesia, en cierto modo, la salvación de los herejes dictadores de la Rusia "comunista"?

El federalismo bolcheviqui

Es sabido el concepto que del federalismo tienen los bolcheviquis. Rusia se llama actualmente República Federal de los Soviets. Pero, ¿en qué consiste ese federalismo? Las diversas "repúblicas" que existen en lo que fué imperio de los zares, tienen un "gobierno propio", pero política, comercial y militarmente dependen de Moscú. La independencia, pues, es en ese caso una pobre cosa.

Tenemos por ejemplo a Ucrania. Se dice que es una república independiente. Pero en realidad no es otra cosa que una partícula del imperio bolcheviqui, sometida al poder centralizado en Moscú y maniatada a las decisiones que tomen los jefes comunistas desde la sede del nuevo imperio. Al efecto nos servirá de ilustración la parte de un informe publicado sobre la situación y la importancia económica que tiene Ucrania dentro del imperio ruso. Dice en su parte esencial:

"El ejército, los ferrocarriles, el correo, los telégrafos y teléfonos de Ucrania están bajo la fiscalización del gobierno de Moscú, según declaró el señor Rakowsky. El comisario de guerra, señor Trotzky tiene el comando supremo de las operaciones militares en Ucrania, si bien ésta posee un Estado Mayor propio. Los sistemas de transportes y comunicaciones están en manos de funcionarios ucranianos, pero el gobierno de Moscú tiene en ellos tal participación que se hace necesaria su dirección general desde Moscú.

"Política y económicamente, Ucrania es la más importante y más interesante de las veinte y tantas repúblicas que el gobierno de Moscú ha federado, y esta federación es observada con mucho interés por los estudiosos de las relaciones internacionales.

"La república del Extremo Oriente, la llamada República de Mongolia, y las de Azerbaidjan, Armenia, y Georgia, y una variada serie de cuasi repúblicas en el Cáucaso, Transcaucasia y Turquestán podrían separarse de Moscú sin poner en gran peligro el régimen bolcheviqui. Pero probablemente representaría un desastre para él si Ucrania escudiera su actual sumisión a dicho régimen.

"De acuerdo con algunos cálculos anticipados el gobierno de Moscú debía recibir del de Ucrania 65.000.000 de "pounds" de granos en concepto de con-

EL DOGMA DE LA DICTADURA

La dictadura del proletariado no es, como algunos creen, un concepto político, surgido de la revolución rusa, sino un dogma de la sociología marxista actualizado por los bolcheviques a raíz de su ascensión al poder. Tanto este dogma, como la teoría de la concentración de los capitales, constituyen dos fallas fundamentales de la dialéctica económica de Carlos Marx, y que colocan a éste en el plano de los sociólogos desmentidos por las experiencias políticas y económicas de la sociedad.

Es singularmente curiosa la propagación de esta creencia entre las masas obreras del universo y ellos nos induce a pensar si un dogma de esta naturaleza no habrá sido impuesto, a las clases proletarias, por las mismas leyes, o por los mismos principios psicológicos, que se impusieron ayer los dogmas religiosos de las diversas sectas conocidas en el transcurso de la humanidad. Decimos esto porque tan grato es hoy el concepto de dictadura económica, al oído de nuestro paria, como grata pudo ser ayer la promesa en la felicidad ultraterrena que a las masas creyentes, de las religiones históricas, les predicaban sus respectivos apóstoles.

Como una justificación fatalista de la dictadura proletaria se habla de una ley incluíble de la historia, que pondría en manos de la clase asalariada el sumo poder, del mismo modo que ayer hubo de hacerlo con la burguesía que sustituyó a la nobleza. Este axioma histórico, que presenta la dictadura del proletariado como una consecuencia social del determinismo estructural de las sociedades, o como principio de sucesión de clases es muy discutible y no tiene la certidumbre matemática que, sin análisis experiencial, le atribuyen sus partidarios o defensores.

En primer término hay que considerar que la ciencia es mensuración, y cuando este procedimiento elemental no puede aplicarse al objeto estudiado, es harto expuesto hablar en términos axiomáticos.

La sociología histórica no es una ciencia y, en el estado actual de nuestros conocimientos, nos halla-

tribución al impuesto sobre los granos". Por efecto de la mala cosecha debió reducirse esa contribución, implantando entonces el gobierno de Moscú el sistema de las requisas, a las que se opusieron los campesinos ucranianos. "El bandolerismo — agrega el informe que comentamos — que se extendió en el territorio de la República fué debido, en gran parte, a la oposición de los ucranianos contra el pago de la contribución de granos a Moscú. Ucrania no contaba con provisiones suficientes para el mantenimiento de su población y sin tener en vista propósitos partidistas sus habitantes vieron con desgano el embarque de productos para otros puntos de Rusia".

Se demuestra fácilmente en qué consiste el federalismo bolchevique. Es algo así como el "colonismo" inglés y los "protectorados" yanquis, franceses, españoles, etc., sobre los pueblos no llegados aún a su mayoría de edad...

mos en condiciones de dudar también de que pueda serlo en el porvenir.

¿Cuáles son, pues, esas leyes de sociología histórica y cuáles son sus unidades de medida que puedan demostrarnos que el proletariado, como clase, tiene que recorrer forzosamente la misma trayectoria recorrida por las clases nobles y capitalistas? ¿Podría señalarlos, algún partidario de la dictadura del proletariado, estos instrumentos de mensuración mediante los cuales se pueda medir el desarrollo o crecimiento de la historia?

Cuando se tratan problemas de esta naturaleza el escritor debe poner un poco más de peso en sus afirmaciones en vez de hacer frases que nada dicen ni representan. Hay que salir de la dialéctica viciosa, sin consistencia ni aproximación real a la verdad del problema, cuando se tratan cuestiones de esta magnitud que involucren toda la ética, toda la filosofía y toda la historia de la humanidad.

Bien sabemos que los defensores de la dictadura no pueden hacer una afirmación axiomática en el sentido de demostrarnos lo incontrovertible de su teoría o concepción evolutiva de la sociedad. Por esto es que no vacilamos en calificar de dogma dicha teoría por cuanto ella ha sido aceptada por sugestión y no por análisis, por revelación milagrosa del marxismo y no por experimentación personal.

Saltando, ahora, por encima de esta faz, religiosa y dogmática del problema, veamos un poco cuáles son las condiciones morales del proletariado para asumir la dirección del mundo, crear la nueva civilización.

El obrero de nuestros días, tomado en conjunto, se caracteriza por una fatal ignorancia de lo que debe ser fundamental en una verdadera civilización.

La clase capitalista, que sucedió a la clase noble, no era, en realidad, otra cosa que la nobleza venida a menos y por consiguiente tenía, en su acervo, un pasado de conocimientos y de sentido histórico que le permitieron transformarse ventajosamente en clase burguesa.

El proletariado de nuestros días, por más que se alargue su capacidad e inteligencia, con las fuerzas de optimismo, no se halla en condiciones de sustituir, en absoluto, las corporaciones técnicas del propio trabajo y menos aún las entidades que representan el saber, los núcleos selectivos que forman los sabios, los filósofos, los sociólogos y los hombres de ciencia.

Hablar de dictadura proletaria sin considerar este aspecto moral de la cuestión, es un pecado mental, es una afrenta a la inteligencia, por cuanto se halla implícitamente comprendido en ello un sentimiento de predominio de la clase obrera ejercido en detrimento de los demás miembros, útiles e inteligentes, de

la sociedad. Hay que gritar esto bien alto, por más que nos duela a los propios trabajadores, manuales e intelectuales, a los cuales se quiere beneficiar con una sustitución de poderes así.

Nosotros debemos ser los primeros en reconocer el error del dogma proletario y comprender también que nuestra condición de clase es un accidente y no una eternidad.

Las clases están destinadas a desaparecer del mundo social y no a perpetuarse en la historia con superposiciones y predominios recíprocos de unas sobre otras.

Los obreros no pueden aislarse de los hombres de talento, de los privilegiados por la naturaleza, porque, con ello, renunciarían a su propia elevación personal y se condenarían a perpetua ignorancia.

Los sabios y los grandes técnicos son también obreros. Son trabajadores del espíritu que han hecho tanto por el progreso del mundo como los propios obreros. Los ejércitos de la inteligencia han cometido errores, pero, no los han cometido menos las falanges proletarias de la sociedad.

No ahondemos ahora, con el dogma de la dictadura del proletariado, las distancias que nos separan a unos y otros por la posición distinta que ocupamos en la sociedad.

No nos empequeñezamos a nosotros mismos, queriendo trazar rutas a la humanidad, cuando todavía necesitamos del buen concurso y del buen consejo del sabio para salir de las tinieblas en que se debate nuestra ignorancia. Reconozcamos que una civilización se caracteriza por la potencia de su espíritu, por el crecimiento y desarrollo moral y que es con la colaboración recíproca de todos los hombres amantes de la libertad, intelectuales o manuales, que debemos proseguir el intento de transformar la sociedad burguesa en sociedad libertaria, sin amos y sin esclavos, sin dictadores ni dictados.

El anarquismo, al rechazar universalmente la dictadura proletaria, hizo honor a su alto concepto moral de la humanidad. Más todavía si se considera que, en sus tres cuartas partes, él se halla integrado por trabajadores manuales en favor de los cuales se quisiera instituir la dictadura de clase.

Renunciando a este privilegio, a los beneficios de esta dominación, nunca estuvo más digno, ni más altamente humano, el proletariado consciente que sigue las huellas y las inspiraciones del anarquismo. He ahí una lección soberbia, de humanidad y desinterés, que deberían tener en cuenta todos los adversarios del anarquismo, quienes tienen ahí un espejo donde mirarse y un motivo para apreciar los fines equitativos y humanitarios, que persigue el ideal anarquista.

Si, estamos en contra de toda dictadura; incluso la que pueda ejercer el menesteroso, favorecido por la circunstancia de una revolución, porque el anarquismo representa, para nosotros, un alto concepto moral de libertad para todos, sin exclusionismos de hombre, de pueblo o de clase.

Enrique NIDO.

LA EXAGERACION MATERIALISTA

La enseñanza que prevalece en nuestros días, es que las ideas no constituyen más que un fenómeno secundario impotente para determinar los actos o las relaciones de la vida. Se les asimila de buen grado a la imagen que refleja el espejo, quien diría al cuerpo que reproduce el aspecto: "Quiera de él hacer una forma". A decir verdad, si sabemos perfectamente que una vez el cuerpo alojado del espejo, no queda nada de la imagen, no ignoramos tampoco que el cuerpo real tiene su vida a vivir, sin cuidarse de sus representaciones fantasmagóricas y pasajeras — contestando a las solicitudes siempre diferentes de las cosas que le son exteriores.

Es así que la llamada concepción materialista de la Historia, los socialistas y una mayoría de anarquistas quisieran que considerásemos el mundo de las ideas, de las reflexiones variables, sin consistencia, no teniendo nada que hacer en la determinación de la vida individual, contribuyendo, lo mismo que las imágenes formadas en el espejo, como tantas otras representaciones aparentes, de relaciones materiales dadas, pero absolutamente impotentes para influir en el curso de las cosas materiales. Para ellos el espíritu es un espejo virgen, aunque, a decir verdad, no lo sea jamás enteramente, puesto que sin cesar, en presencia de la realidad material, está destinado a reflejar una sombra cualquiera. Hoy soy una cosa, y mañana, será otra cosa si la escena se ha modificado. Mi yo, mi ego, es un fantasma que balbucea, que hace pruebas en el espejo, que gestula, que se transforma, de hora en hora o de momento en momento, rememorando de la luz fosforescente de una realidad engañadora, disipándose como la niebla en las alturas. Las rocas, las praderas, los bosques, los arroyos, las viviendas, las utilidades, el campo, el sangre, los huesos, los nervios — constituyen realidades con, para cada uno, un papel distinto a desempeñar — dotadas de las características que persisten a despecho de las modificaciones. Pero, mi ego, él, no persiste; cada modificación de las cosas que acabo de nombrar, lo reconstruye totalmente de nuevo.

Pienso que ese determinismo implacable es un grande y lamentable error que domina nuestro movimiento adelantado. Ciertamente, es menester un antídoto saludable contra la gran mistificación teológica de la edad media; es decir, la idea de que el espíritu constituía una entidad absolutamente irresponsable, promulgando leyes de sí propio como un emperador absoluto fuera de toda lógica o de toda relación o consecuencia — soberano sobre la materia y determinándose él mismo supremamente; — ciertamente, creo que la reconcepción moderna del materialismo, ha llevado a cabo una obra: una aplastando esa burbuja, de orgullo y reponiendo el hombre y su alma en su correspondiente lugar en la natura; sin embargo, creo que hay ahí también un límite y que la idea de la dominación absoluta de la materia es un error tan peligroso como el concepto del espíritu como existente fuera de todas relaciones con el exterior; pienso aún que en lo que concierne a la influencia, sobre la conducta personal, esta última concepción ha sido la más perjudicial de las dos.

La doctrina del libre arbitrio ha suscitado fanáticos y persecutores que, partiendo de ese punto de que los hombres podrían ser buenos en todas las circunstancias — si solamente quisieran serlo — han buscado persuadir la voluntad ajena con ayuda de amenazas, castigos, encarcelamientos, torturas, galeras, torques, cadalsos, hogueras — y todo esto con el fin de hacer buenos a los hombres malos y de salvarlos a pesar de su voluntad obstinada. Pero el la doctrina espiritualista — el alma en primer lugar — ha producido tales seres, la doctrina del determinismo materialista ha producido naturalezas variadas, indulgentes en cuanto a sí mismas, sin dignidad, parásitos, que son "gato" ahora y "aquello" en otra ocasión, y, por principio, no son nada absolutamente. "Mis circunstancias me han determinado así", declara el determinista absoluto; y ya no es posible discusión alguna. Pobres imágenes de espejo, qué más pe-

EL MOVIMIENTO DE REACCION EN ITALIA

PARA LA PROTESTA

En aquel escrito mío de setiembre de 1920, que fué publicado en estas páginas, y en el que examinaba el movimiento de las ideas en Italia hacia el término de aquel año, decía:

"Que la revolución se produzca o no, que se resuelva en una victoria del progreso o, con su derrota, nos haga retroceder medio siglo, ésto lo dirá el porvenir".

A dieciocho meses de distancia, parece que el "porvenir" ya haya dado su respuesta. No se trata de una respuesta definitiva, y no es improbable un retorno a mejores condiciones; pero es cierto que en el momento actual la revolución parece mucho más lejana que en 1920, y es la reacción quien ha tomado cuerpo.

La reacción no está todavía definitivamente triunfante, pero está en vías de desarrollo; y los primeros éxitos la han enorgullecido de tal modo, que ya ni se quiere acentuar la necesidad de enmascararse, y únicamente confiesa querer llevar la sociedad italiana, en todos los campos — económico, político, cultural, etcétera, — a la situación de cincuenta años atrás, si no más.

Cuando yo escribía lo que más arriba recuerdo, se estaba ya, a decir verdad, en el principio del descenso, aunque el fenómeno no fuera aún preocupante.

La clase capitalista, después de cerca de dos años de extravío y de hesitación — de lo que el proletariado no supo aprovecharse — inició hacia fines de 1920 su movimiento de defensa y de contraofensiva, que asumió el carácter de un específico carácter, sin sus viejos fundamentos liberales, democráticos, partrióticos y legalitarios.

La guerra de 1915-18 había tenido por consecuencia directa una más gran unanimidad proletaria contra la clase dirigente, y ésto hizo profundizar en modo extraordinario el surco entre las clases: la una ve en la otra un enemigo declarado; y especialmente la clase que está en el poder y ve su poder amenazado, pierde la luz de la razón. Lo que

deberían hacer? En verdad, la influencia de caracteres de ese género no iguala jamás la del persecutor por principio. Por uno solo de este último tipo, se hallan ciento de esos caracteres fáciles, débiles, dispuestos siempre a adaptarse a no importa qué clase de molde; hallando siempre una excusa cómoda en el concepto determinista. El fiel de la balanza del mal causado por una y otra doctrina se mantiene, pues, casi igual.

Lo que nos hace falta, es una apreciación exacta de la potencia y del papel de la idea. No me creo apta para facilitar esa exacta apreciación. No pienso tampoco que, aun dotado de una inteligencia superior a la mía, alguien pueda hacerlo — y ésto de aquí a mucho tiempo. Puedo, no obstante, demostrar la necesidad y dar una apreciación grosera.

Y he aquí: En todo primer caso, a la fórmula recibida del materialismo moderno: "Los hombres son lo que las circunstancias les hacen ser", opongo esta proposición: "Las circunstancias son lo que los hombres les hacen ser". Pretendo que estas dos fórmulas son verdaderas hasta el momento en donde las fuerzas en conflicto se equilibran o que una de ellas sea puesta en inferioridad. En otros términos, mi idea del espíritu o del carácter individual, es que no es una reflexión impotente de una circunstancia momentánea de materia y de forma, pero a un agente activamente a la obra, ejerciendo su acción sobre su contorno y transformando las circunstancias, a veces ligeramente, a veces considerablemente; y a veces — bien que con poca frecuencia — enteramente.

Volterina OLEYRE.

La excita más, quizás, es precisamente el sentir que no puede defenderse más que recurriendo a la violencia y a la guerra civil, que en teoría y en sus leyes había condenado siempre; más que amenazando ella misma las bases fundamentales y los principios sobre los que desde hace más de un siglo la burguesía había ido construyendo su fuerza económica y sus institutos políticos: es decir, las bases y los principios del liberalismo democrático.

Paralelamente al fenómeno de la unanimidad proletaria se ha ido produciendo el fenómeno opuesto, pero idéntico, de la fusión en block de la clase dirigente, que ha encontrado una especie de milicia y un centro de reunión en el "fascismo". En la clase dirigente están comprendidas, y forman las categorías más reaccionarias, todas las castas que viven parasitariamente en torno al árbol del Estado o forman las ramificaciones de éste: los proveedores del gobierno y las industrias protegidas, la policía, que hoy ha crecido mastodóticamente, la alta burocracia y la magistratura, todas más o menos tenderalmente fascistas. Agréguese la burguesía rural, reatardada por su naturaleza y tradición, arrinconada por las pretensiones crecientes de los campesinos, a quienes, con el andar del tiempo, no podrán hacer frente sino renunciando a todo provecho, es decir, al mismo privilegio de la propiedad. A éstos sigue la pequeña burguesía, muchos empleados y maestros, ciertas especies de profesores, y así sucesivamente. En fin, engrosan las filas de éstos, todos los desocupados de la política y los periodistas de oficio, que quedan despojados por la desaparición de los partidos medios, democráticos, radicales, etc., irritados contra la clase trabajadora que no quiere saber más de ellos.

Aunque de la reacción se benefician sobre todo los viejos partidos conservadores, el fascismo es el niño mimado, el ágil de todas las clases y subclases burguesas, y es bien acogido y enjuiciado en todas partes: en la socialista y en la masonería, en el cuartel y en la universidad, en las oficinas de la gran industria y en los bancos de los agrarios. Ni le faltan homenajes más o menos prudentes y disimulados de parte de las aristocracias de algún partido, que sin embargo, le es adverso por principio, porque tiene su base en las masas, como el republicano y el popular, — en contraste evidente con las deliberaciones de sus congresos, las opiniones de la mayoría de sus componentes y el lenguaje de sus diarios.

Me he referido al fascismo. Y bien ¿qué es el fascismo? Es simplemente la organización y actuación de la defensa armada y violenta de la clase dirigente, capitalista y estatal, contra el proletariado que se hizo para ella demasiado compacto, exigente e invadente.

Como he procurado demostrar en un trabajo de reciente publicación (1), algunas de cuyas cosas no hago más que repetir aquí con palabras más o menos diferentes, en realidad el fascismo es la prosecución de la guerra civil cuanto ésta fué la tentativa del capitalismo internacional para terminar con el internacionalismo proletario. La guerra, en efecto, era necesaria al régimen capitalista para detener los progresos que el proletariado hacía en su perjuicio.

La guerra hizo lo que pudo; y sus resultados son innegables; la reacción triunfó en todas partes, y el proletariado ha sido descalabrado; lo mismo en Francia que en Alemania, en Inglaterra como en América; entre los vencedores, entre los vencidos y entre los neutros. El fascismo completa la obra en los países que, como Italia, por razones especiales y contingentes el proletariado había quedado fuerte y la situación seguía siendo revolucionaria.

El fascismo, prosiguiendo la guerra civil con los métodos de la guerra propiamente dicha, ha roto todos los puentes de la legalidad, del respeto a las libertades cívicas, del derecho de todas a pensar, organizarse y vivir a su modo. Organizado militarmente, provisto de dinero, de armas, de materias incendiarias y de medios de transporte, compensa la inferioridad numérica, pues es todas las localidades es una minoría insuficiente, con la concentración rápida de los elementos de varios lugares en un solo punto, para efectuar su obra de destrucción. Esto es lo que en el lenguaje actual se llama "expedición punitiva" con frase tomada a la jerga militarista austro-alemana.

Métodicamente, el fascismo, en los sitios en que le es posible, toma como blanco las cámaras del trabajo, las cooperativas y las administraciones de las comunas socialistas. Las organizaciones de clase son asaltadas, sea cual fuere su orientación: socialista o católica, anarquista o republicana, comunista o sindicalista. Centenares de cámaras del trabajo y cooperativas han sido incendiadas por los fascistas, con un perjuicio de muchos millones de valor en objetos manufacturados, muebles, máquinas, instrumentos de trabajo y mercancías. A tiros y bastonazos, y con otros medios de intimidación, se obliga a dimitir en algunos pueblos, a las municipalidades socialistas.

Tas organizaciones obreras, especialmente en la campaña y en los pequeños centros, se disuelven por la fuerza, apaleando a los obreros que se atreven a resistir, invadiendo y destruyendo las sedes proletarias, obligando a los elementos más inteligentes y dirigentes a huir de la población. Muchos de éstos han visto su domicilio privado violado e incendiado; y muchos han sido asesinados. En muchas localidades ya no se puede salir de noche después de cierta hora: el fascio lo prohíbe. A menudo son invadidos y destruidos locales públicos, en fés y hosterías, sólo porque son frecuentados por obreros y subversivos.

Tan cierto es ésto, que cuando el fascismo inició su ofensiva en el otoño de

Los periódicos y boletines fascistas se juegan abiertamente de entos actos y al guinas veces amenazan y anuncian su realización por anticipado. A menudo se publican verdaderos bandos de ostracismo y de destierro. "Fulanio y Zutano de bien, dentro de tantos días, renunciar como alcaldes del pueblo", o "debe cesar toda actividad política y sindical", o "debe abandonar la ciudad", o "lo está prohibido volver a la localidad"; y así sucesivamente.

El diario fascista milanés llegó a jactarse como de una victoria porque durante el congreso fascista de Roma, en noviembre de 1921 y en ocasión de los tumultos que lo siguieron, el número de muertos fué mayor entre los obreros que entre los fascistas.

El sistema del garrote, del "santo torriquete" como lo llaman con complacencia los periodistas reaccionarios, es aplicado en vasta escala por el fascismo, allí donde puede, contra los obreros y los subversivos. Algunas veces se busca a determinadas personas para apaleárselas, otras veces se apalea al primer obrero o subversivo que cae bajo sus pies. Los apaleamientos los efectúan los fascistas en pandilla, casi siempre contra individuos aislados. Más de una vez el apaleamiento ha tenido por consecuencia dejar sobre el suelo un cadáver con el cráneo literalmente aplastado.

El fascismo, que apareció explotando el miedo de los burgueses ante el espectro bolchevique, precisamente cuando éste espectro empezaba a disiparse, en realidad toma como blanco a todo el proletariado en bloque, en su conjunto, y lo hiere con los hechos más impresionantes de destrucción y de violencia de aquello, precisamente, con lo que el proletariado aminora la explotación capitalista, lesiona los intereses de los tenderos o representa una erosión o invasión del derecho propietario.

Tan cierto es ésto, que cuando el fascismo inició su ofensiva en el otoño de



Lenin no es fiel a su promesa de amor eterno a la joven república comunista rusa. Viejo veleidoso, corrompido por el poder, busca en el brazo de la empujorrotada burguesía el placer de sentirse grande, poderoso y rico. ¿Hasta dónde llegará con sus coqueteos el dictador bolchevique?

1920, los primeros institutos que más ruidosamente atacó no fueron los círculos socialistas, las secciones del partido socialista, sino las cámaras del trabajo y las cooperativas, que en su mayoría tienen orientación socialista, pero a las que pertenecen obreros de distintos partidos, o indiferentes. Lo que fué asaltado, inmediatamente, desde el primer instante, no fué el bolchevismo sino la clase trabajadora en general: en todas sus instituciones, hasta las más intrínsecas, políticas y moderadas.

En todas partes, en las ciudades y en el campo, el fascismo, desde el principio, tomó como objetivo, siempre y precisamente, aquellas instituciones y partidos que, según las distintas localidades, reunían las mayores simpatías o adhesión de los obreros. En las regiones de Reggio y Módena fueron asaltadas las organizaciones reformistas; en las de Bolonia y Ferrara las organizaciones maximalistas y unitarias; en las de Carrara y Valdarno las organizaciones de tendencia anárquica; en Piacenza, Parma y Liguria las organizaciones sindicalistas, sin excluir las patrióticas y demócratas; en Treviso y en la Marisma Toscana las organizaciones republicanas; en Bergamasco y en otras partes de Venecia, las organizaciones católicas. Algunas veces son también asaltadas y destruidas simples sociedades obreras de socorros mutuos y entidades cooperativas administradas por hombres de orden y de ideas netamente ortodoxas.

Especial carácter revisten las destrucciones de los instrumentos de difusión de las ideas, de la propaganda del pensamiento: imprentas privadas o cooperativas, bibliotecas, librerías, oficinas periodísticas, redacciones e imprentas de diarios, etc. Hay ciudades y provincias donde está interdicha la venta de determinados periódicos, porque son contrarios al fascismo; y la interdicción es hecha observar despiadadamente.

Naturalmente, todo esto da lugar a conflictos sangrientos que se repiten casi todos los días. Innumerables han sido los muertos en este conflicto; y bajo la desnuda tierra la mortaja fúnebre envuelve a obreros de todos los partidos y de todas las creencias, católicos y anarquistas, republicanos y socialistas, comunistas, reformistas o indiferentes. La única cualidad que los ha indicado al revolver homicida es la de obreros, de trabajadores. ¿Qué prueba más evidente de que la guerrilla fascista no se hace contra éste o aquél determinado partido, sino contra la clase obrera como clase? Se quiere desmantelar en todos los lugares el fortín, el centro de resistencia del proletariado contra el capitalismo, y se quiere abatir en todas partes a aquellos que defienden con más éxito a los obreros y les inspiran más confianza, cualesquiera sea el partido en que militan.

Los fascistas y los que se originan en sus defensores, sostienen que la violencia fascista es una respuesta a la violencia obrera y subversiva, una especie de retorsión, una consecuencia. No es cierto. De otro modo cómo se explica la extraordinaria violencia fascista en lugares de Italia que han sido siempre tranquilos, en los que las luchas políticas y sociales se han desarrollado siempre muy pacíficamente o con violencias apenas perceptibles y rarísimas? Basta citar como ejemplo la provincia de Reggio Emilia, Umbria, el Cosentino, etc.

Lo contrario es la verdad; es decir, que del fascismo han tenido origen ciertas formas de violencia proletaria, de las que antes de aquí no había ejemplo. En efecto, sucede diariamente, y es inevitable, por espíritu de defensa, por el mismo temor del ataque, por represalia, después de repetidas provocaciones, o por sed de venganza del que fué atacado y herido; también hay obreros que procuran, del mejor modo que pueden imitar a los fascistas y devolverles pan por tortas. Esto se hace todavía con más frecuencia para los protagonistas, puesto que los tiros de los fascistas, los de los carabinieri y la seguridad de tener que afrontar condenas a años de cárcel: por lo que este no impide que resulten cada vez más grandes las hordas de los fascistas víctimas de la revuelta provocada por ellos.

Que el número de los fascistas cada vez vaya aumentando — aunque es, por mucho, inferior al de los obreros caídos —

es fácilmente comprensible. Es el odio que los fascistas van sembrando con los cuotidianos apaleamientos, con la destrucción de las sedes de las organizaciones, con los incendios, con las devastaciones de las cooperativas, con la violación de todas las libertades de reunión de palabra y de imprenta, haciendo más difícil o imposible el desarrollo de la vida de partido o de asociación en ciertas zonas, impidiendo la distracción nocturna normal a los obreros, asaltándolos en los cafés y en las fondas u obligándolos a permanecer en sus casas algún tiempo, con la violación del domicilio privado, etc. Este odio que aumenta cada día no tiene modo de desahogarse con medios relativamente inocuos y claros, a la luz del sol. Ciertas formas de represalias están inibidas para los obreros, porque ellos no pueden esperar esa relativa impunidad, esa libertad de moverse, defenderse y atacar que a los fascistas les está garantizada por la complicidad o la tolerancia de la fuerza pública y de la magistratura.

Esta complicidad de los organismos del Estado, además de la del capitalismo, con lo más ilegal que el fascismo ejecuta, merecería todo un tratado especial. Me limitaré a señalarlo de pasada. Se sabe, por lo demás, que el fascismo surgió, o por lo menos adquirió su primera fuerza, cuando Bonomi era ministro de la guerra en el gabinete Gioiotti. Hay circulares ministeriales de ese tiempo, que demuestran cómo el gobierno contribuyó a formar y armar una milicia civil y política contra los partidos proletarios. Durante el desarrollo de las violencias fascistas antiobreras, esta complicidad policial y militar apareció cada vez más evidente. Las comisarías y los cuarteles proveyeron muchas veces los camiones y las armas para las expediciones punitivas; y en estas expediciones muchas veces participaron oficiales en servicio activo, comisarios de P. S., carabinieri y guardias. Es sabido que hay delegados, carabinieri y guardias inscriptos en los fasci, y que la fuerza pública a menudo ha aceptado la ayuda de los fascistas para operaciones de policía.

La convivencia de la magistratura es igualmente clara y evidente.

Mientras no hay hecho de violencia, verdadero o falso, grave o leve, imputado a los socialistas o a los subversivos, por el que no haya habido numerosos arrestados y no queden siempre en la prisión los imputados, no importa si culpables o inocentes, para los fascistas se renueva de continuo la escena de la Gran Vía; los acusados son casi siempre abuelitos en la intruitoria, especialmente por los hechos más graves: incendios y homicidios. En estos últimos tiempos los fascistas son arrestados más a menudo; pero para ellos la intruitoria es siempre benévola y solícita. Salvo rarísimas excepciones, para los delitos fascistas que implican graves responsabilidades penales no se encuentra nunca el reo; los arrestos y procesos son hechos sólo por acusaciones leves. Y cuando por casualidad es pronunciada alguna condena contra cualquier fascista, por más leve y de fácil aplicación que sea, ¡ábrete cielo! toda la prensa burguesa protesta y los condenados pasan a la historia... periodística como héroes y mártires. En tanto, contemporáneamente, sobre los subversivos: cien las condenas más severas por la menor infracción a la ley.

En estos últimos tiempos la convivencia de la policía y de la fuerza pública con el fascismo, al menos en las grandes ciudades, ya no es tan descarada como en los primeros tiempos; a veces ciertas violencias fascistas encuentran en los guardias y carabinieri cierta resistencia, que ha dado lugar aquí y allá a algunos conflictos esporádicos. Pero en cuanto a la magistratura, aparece siempre como la más fiel aliada del fascismo.

En el congreso fascista de Roma, en noviembre de 1921 el fascismo se constituyó en Partido Nacional, y se dió un programa.

Leámoslo, y en seguida encontraremos desnudo y enueto, todo un programa de reacción en el terreno político, económico, espiritual y cultural que en substancia es el programa del Capitalismo y del Estado — en el actual momento del

co — programa que es llevado adelante por interpuesta persona, a través del fascismo irresponsable, pero que en realidad responde a la íntima y más fuerte aspiración de la clase dominante, de todos los privilegiados del poder y de la riqueza.

El programa fascista es el programa de un partido surgido para defender con todos los medios, sin excluir ninguno, verdaderamente más allá de toda consideración de bien o de mal, las dos instituciones básicas de la sociedad burguesa, las dos mayores fuentes de privilegio y de injusticia: el Estado y la Propiedad. Su fin es oponerse con todas las fuerzas al progreso y a la actuación de las dos ideas que son, desde hace más de un siglo, la aspiración más ardiente de los pueblos civiles: la libertad y la igualdad.

De la revolución francesa en adelante, el resorte de todas las luchas que han sostenido los pueblos en el ámbito nacional e internacional, fué esta aspiración que, habiéndose demostrado la imposibilidad de su actuación en el régimen burgués y estatal, sólo en el socialismo podrá actuarse. Y también las luchas nacionales de la primera mitad del siglo XIX, a las que abusivamente invoca el fascismo, estuvieron animadas por esa misma aspiración, por la sed de igualdad y de libertad que se procuró saciar, desde 1789 hasta 1848 o poco después, en el patriotismo revolucionario.

Gran parte de la literatura revolucionaria nacional, allá por 1860 era, en Italia y en todas partes, tendencialmente socialista y cosmopolita o, como se diría hoy, internacionalista. Baste recordar a Garibaldi, que puso su espada al servicio de la libertad en todos los sitios donde hubiera oprimidos en revuelta contra los opresores, sin distinción de nacionalidades. El mismo Mazzini, cuyos escritos en torno al 1848 están fuertemente impregnados de socialismo, estableció que los primeros deberes del hombre son hacia la humanidad, mientras para la patria dudaba de si un día estaría destinada a desaparecer, "cuando cada hombre refleje en su conciencia la ley moral humana".

Recuérdese al respecto el alado canto del mazziniano Godofredo Mameli "A Roma":

Contro i tiranni i popoli
Scendonno stretti in guerra

Ove del mondo i Cesari
Ebbro un di l'impero
E i sacerdoti tenero
Schivo l'uman pensiero;
Ove e' sepolto Spartaco
E maledetto Dante,
Ondergerà fiammante
L'insegna dell' amore;
Dimenticate i popoli
L'ire d'un di che muore,
Sarà la terra agli uomini!
Come una gran città;
Libera, grande, unita
Vivrà una nuova vita
La stanza umanità

Tutti son teo, il teutono
Pugnerà teo anch'esso;
Gravato il giogo istesso,
Slavise fratelli insieme
Slavi, alemanni ed Itali.
Un duolo ed una epeme.
Hanno un sol campo i popoli
Ed un sol campo i re.

Reproduciendo con entusiasmo estos trozos, José Carducci exclamaba:

"Y qué harían los jóvenes y los poetas en el mundo, si no tomaban en sus manos las banderas del porvenir para desplegarlas todas en el aire y agitarlas sobre la faz de las mayorías hasta que las acostumbraran a miradas con un poco de calma y de racionalidad? Así lo entendía Mameli..."

¿Qué tiene que hacer el fascismo con todo esto? Los fascistas sólo a la vista de las "banderas del porvenir" pierden toda calma y facultad de razonar: un poco de rojo los pone furiosos como a los toros. El partido fascista se pone de liberandamiento contra las más félicas tradiciones de libertad y de justicia, que constituyen la historia de su país, que en los diversos períodos se llamaron Mazzini, Garibaldi y Piacense, — Alberti, Parini y Foscolo, — Beccaria, Paga-

no y Romagnosi; que recuerdan la Italia de Giordano Bruno, la Italia del Renacimiento y de las Comunas Libres.

Contra esta Italia de luz y de pensamiento, el fascismo resucita la oblicua tradición de la Roma de los Césares, perdida de fango y sangre por dentro y por afuera; de la Roma de los Papas intrigantes, venales y nepóticos; de la Italia maquiavélica de Ezzelino y de César Borgia; de la Italia de la sexta Jornada, imperialista y megalómana, de Crispi y de Humberto I. De la antigua Roma no se resucita la libre república, sino el despótico y sangrinario Bajo Imperio; de la Italia del resurgimiento el fascismo no evoca las gloriosas revoluciones de Milán, Venecia y Roma de 1848, sino la Santa Alianza contra los pueblos de Meternich y de Guillermo de Prusia.

El programa fascista no tiene siquiera el mérito de la franqueza completa. Tiene necesidad de retenciones, para esconder sus fines de conservación y de arribo, para abrir el camino a todas las arbitrariedades y las prepotencias del poder estatal.

El fascismo pretende querer restaurar el prestigio del Estado soberano, al que debe estar subordinada la libertad de los individuos, y se eleva a paladín de la tradición, del sentimiento y de la voluntad nacional; pero con tal que, entendiéndose bien, esta tradición, este sentimiento y esta voluntad estén conforme con el modelo fascista. Y en caso de que los 40 millones de italianos vivientes no quisieran saber del fascismo y tuviesen el atrevimiento de expresar otra voluntad, entonces el programa fascista apela a los muertos y exclama:

La nación no es la simple suma de los individuos vivientes, sino un organismo que comprende la serie infinita de las generaciones, de las que los individuos son elementos transitorios; es la síntesis suprema de todos los valores materiales e inmateriales de la especie. Palabras, como se ve, altisonantes pero que no dicen nada de concreto y dan a entender solamente que si la "voluntad nacional", de la nación real, viva y verdadera, no estuviera de acuerdo con ellos, el fascismo violentará sin escrúpulos la libertad, en nombre de la "síntesis suprema" y de todas las generaciones pasadas desde Rómulo y Remo en adelante.

Si mucha modestia el fascismo declara, en su programa, aspirar al honor supremo del gobierno del país; y con esto el antiguo y difunto tendencialmente republicano de definitivamente enterado. La adhesión a la monarquía está implícita, y sólo se insinúa una vaga amenaza, una especie de extorsión encubierta allí donde dice que "los institutos políticos son formas efímeras en cuanto a los valores nacionales (léase: el fascismo) encuentran en ellos su expresión y tutela". Con lo que el capitalismo más reaccionario y conservador viene a decir a la monarquía: "Si haces mi juego, si me das dueño de la riqueza y del gobierno, si defiendes mi portamoneda, si no me rompes los huesos en la celda, muy bien y viva el rey. Pero por el acceso que se hace a una jugarreta, que siendo salvarte a mis expensas de la tempestad, si tuvieses veleidades liberales o reformistas y maquinases con mis rivales del socialismo cooperativo y democrático, entonces no! Entonces veremos si, mandándote al diablo, nos contentamos más una regencia de corte clerical, una república de libroncos o una dictadura militar".

Pero el carácter esencialmente conservador y antiproletario del fascismo se manifiesta de modo especial en la parte de su programa que se refiere a la política social y económica.

No hay que dejarse desviar por el lenguaje demagógico, que remeda la fraseología socialdemocrática, con que se dicen ciertas cosas. Lo que el programa fascista propone sobre los corporatismos obreros, sobre las competencias técnicas, sobre reconocimiento de las organizaciones, sobre legislación social, sobre servicios públicos, etc., — mucho de lo que el nacionalista Corradini lo anticipaba desde 1917-18 en sus conferencias, en sus artículos de *Il Lavoro* y en otras publicaciones — es en realidad un modo de ajustar mejor la albarda y el freno al proletariado, un medio de po-

ner al servicio de los fines económicos y políticos del Capitalismo y del Estado, es poco de organización obrera que no sería posible destruir. Los llamados grupos de competencia deseados por el fascismo, compuestos por obreros fascistas o afiliados al fascismo por voluntad o por fuerza y agrupados por oficio, no serían en realidad más que núcleos de obreros krumiros, en defensa de los patronos, contra los obreros rojos: "rompehuelgas", como se dice en Francia.

El fin conservador, capitalístico del fascismo sobre el terreno económico está claramente expresado allí donde se afirma la función social de la propiedad privada, que es al mismo tiempo un derecho y un deber; es la forma de administración que la sociedad históricamente ha delegado a los individuos para el incremento de su patrimonio.

Así como para el Estado, para la Propiedad, a falta de razones positivas, se justifica el privilegio con una afirmación en el arte, abstracta, metafísica. Para el Estado-gendarme se invoca la síntesis suprema de los valores nacionales; para la Propiedad-monopolio se inventa una especie de mandato de confianza delegado a los ricos por una hipotética Sociedad. Casi nos entran ganas de preguntar en qué archivo se encuentra el acta notarial de esta delegación!

¡Otra que delegación o mandato "administrativo"! La historia narra el derrame de lágrimas y sangre que ocasiona y el origen dehonesto e innoble que tuvo la formación de la propiedad privada en todos los países, sin excluir a Italia. Es el fruto del latrocinio, en sus nueve décimas partes; fruto de usurpaciones ilegales o legalizadas arbitrariamente, de estafas en perjuicio del país y de las comunas, de prevaricaciones, etc. No se ha perdido en Italia el recuerdo de las embrolones "patrióticos" desde 1860 hasta 1876; y cuántas riquezas no se han formado a través de todos los escándalos del capitalismo que han "honrado" a Italia, desde los tiempos del Banco Real a los del Banco Romano, a los actuales del Iva, del Ansaldo, del Banco de Desuentos!...

Pléñese en las fortunas que se forman por medio de los juegos de bolsa y de banca, robos de gran estilo en perjuicio de la producción y del trabajo; piénsese en los nuevos ricos que se hicieron con la guerra y de la guerra, despojando a su país para revestirse a sí mismos, que "fregadosene" de Italia, han mandado al exterior sus capitales. Esta es la propiedad privada. ¿Y a estos ladrones sin escrúpulos, sin conciencia, la Historia y la Sociedad habrían confiado, según el programa fascista, la administración del patrimonio de todos?

Si no se trata de simples figuras retóricas; de cómodas abstracciones metafísicas, diríamos que la Historia y la Sociedad no podían caer en peores manos y con mayor seguridad de acabar en un refugio de mendicidad!

Se ha dicho que el partido fascista ha copiado su programa del nacionalismo. Esto es cierto en sus tres cuartas partes. Por lo demás, todos saben que en el Parlamento los diputados fascistas, nacionalistas y agrarios forman un grupo casi único; y en el país las cuadrillas nacionalistas cooperan con los fascistas en las "expediciones punitivas" antiproletarias. Nacionalista e imperialista es la parte del programa que habla de una "unidad nacional aún no alcanzada, del incremento del ejército y de la marina en "concurrencia con las otras naciones, etcétera. De acuerdo con los nacionalistas, el fascismo repudia la democracia, no para superarla en una más amplia libertad, sino para regresar hacia los regímenes absolutistas y militaristas.

Con esto, el fascismo abandona implícitamente a las clases medias — que tuvieron y tienen aún la simpleza de ver en él un movimiento propio — y con su política centralizadora, estatal, militarista y antidemocrática forma al fianco de la gran propiedad industrial, territorial y bancaria; que constituye la verdadera "propiedad privada": la propiedad que absorbe y roba las propiedades menores, de los pequeños, justamente a través de las crisis que en la actual, se lentamente o por medio de los desastres clamorosos en los que los peces grandes devoran a los pequeños.

Que en el programa fascista, como en tantos otros programas, haya un barniz que quiere dorar un poco la píldora, rociar "con suave licor los bordes del vaso", eso no puede ilusionar ni engañar a ninguno.

Se da el aire de defender la libertad individual, pero sólo contra la disciplina de las organizaciones obreras. Se declara platónicamente favorable a la jornada de 8 horas de trabajo, pero con la derogación de la misma para las necesidades agrícolas e industriales. Defiende la legislación social, con tal de que no estorbe a la industria, es decir, no perjudique a los señores industriales. Se promete a los capitalistas una protección a la industria italiana contra la concurrencia extranjera (naturalmente en perjuicio de los consumidores), pero no se quiere ninguna protección o condición de favor para las cooperativas obreras. Se reclama, de acuerdo con los curas, la libertad de enseñanza para las escuelas medias y superiores, vale decir, para las escuelas de los ricos; pero se quiere imponer una especie de disciplinamiento militar a la escuela elemental, que es la escuela de las mayorías pobres. Se refiere también a la "nación armada", pero no en el sentido libre, como la quería Piacense, sino en el sentido de que todo el país esté en cierto modo militarizado.

Como se ve, se hacen concepciones, se estiran los principios, sólo cuando van en beneficio de los privilegiados de la fortuna. En cuanto entra en juego el interés de los desheredados, entonces el programa fascista se vuelve rígido, ceceo, estrecho.

Tampoco en lo que se refiere al derecho penal y a la criminalología el fascismo tiene un programa moderno. Alude a los mejoramientos higiénicos de las cárceles y a su perfeccionamiento, pero sólo como podría hacerlo un viejo pelucón apergaminado entre códigos y pandectas; ¡Después de más de un siglo de estudios sobre la delincuencia, después de tanta "ciencia positiva", el fascismo cree aún en la función intimidadora y enmendadora de la pena!

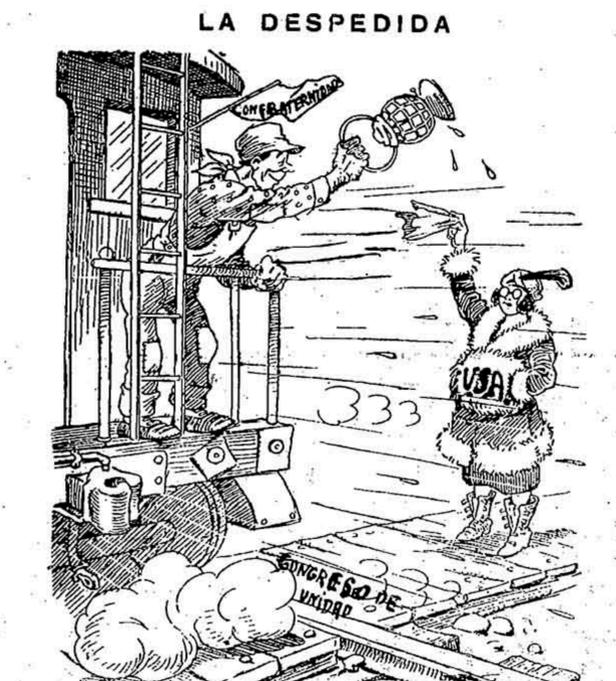
Pero esto, a decir verdad, no puede parecer extraño en la patria de César Beccaria, por parte de un partido que ha restablecido por su cuenta la pena de muerte por juicio sumario, más bien dicho, sin juicio alguno; por parte de un partido que se erige en paladín, con garrote y revólver, de esa propiedad privada que hace más de un siglo y medio el mismo Beccaria calificaba de "terrible y tal vez innecesario derecho". Hay estrecha relación entre una cosa y la otra, puesto que el derecho penal, — la organización de la venganza llamada justicia, como decía Kropotkin, — no ha sido nunca otra cosa, ni puede serlo, más que un órgano de defensa del privilegio estatal y de clase.

No nos detenemos, por consecuencia, a discutir sobre la función de las "escuadras de combate", tan tristemente famosas, a las cuales el programa fascista asigna el único fin de poner firme a las violencias de los adversarios y de estar en condiciones de acudir en defensa de los supremos intereses de la nación. ¡Aquí parece que se le quiere tomar el pelo a la gente! Los fascistas que quieren "contener la violencia adversaria", es la repetición literal de la parábola bíblica del que tenía una vigla en su ojo y quería sacar una pajuela del ojo de su vecino!

Sólo identificando los intereses de la Nación con los de los buitres de la bolsa y de la banca y con los intereses de los libroncos y de la industria y la propiedad agraria, se puede decir que el fascismo con las "expediciones punitivas" de sus escuadras defiende los "supremos intereses" del país! Pero los proletarios, cuando ven llegar a los barrios populares, en los suburbios y en las aldeas, a estas escuadras de la violencia y de la destrucción con la bandera tricolor a la cabeza, saben bien lo que han de pensar.

Es decir, saben que el programa fascista, despojado de todos los oropeles y adornos, es un programa de lucha sin cuartel contra todos ellos; lucha no solamente contra el bolchevismo o la revolución o el socialismo como partido, sino que lucha contra el proletariado en masa que por cualquier medio, no importa si legal, se muestre contrario al yugo y tizona a la libertad y a la igual-

LA DESPEDIDA



Los "confraternales" se despiden de doña "Usa", después de haber pasado un rato delicioso en el condado "fujonista". Pero, pese a los atractivos de la dama, no parecen muy dispuestos a mirarla...
Es una lástima que se malogre esa vida de la hija preferida de la vieja camaleona! Pero recomendamos a los "usados" que le sigan haciendo la corte y ensalzando su amarillismo, pues es posible que al fin ceda...

dad, a la liberación de la esclavitud del salario, al fin de la explotación de su trabajo.

Las directivas fascistas, ya lo decía, son en sustancia las directivas de todos los privilegiados en el campo económico y político. Es la clase dominante que cree defenderse mejor, dando contrapelo a toda fuerza al carro del progreso, del cual se encuentra siendo el árbitro. Desde el otoño de 1920 hasta hoy, el retroceso ha ido acentuándose cada vez más; y ha empezado precisamente en el momento culminante de la ascensión proletaria, cuando la clase obrera dejó pasar, sin aprovecharlo, el instante fugitivo en que habría podido, con un sacrificio relativo, coronar el afortunado avance hecho hasta entonces, con una victoria definitiva.

Pero no se supo, no se quiso seguir avanzando, y fué fatal por consiguiente — en un momento tan dinámico en el cual el estasis era inconcebible — que de la detención del avance proletario naciera un partido del capitalismo para atacar a su vez. Grave es la responsabilidad que le cabe a la historia del proletariado y del progreso civil: tienen aquellos que tenían en aquel instante el honor y el cargo de estar en la dirección de las más fuertes y numerosas organizaciones proletarias italianas, especialmente del Partido Socialista y de la Confederación General del Trabajo, tanto más cuanto que el instante fugitivo a que hemos aludido más arriba fué bastante largo, de casi dos años, como para dejar un margen de tiempo suficiente para decidirse y preparar una acción resolutiva.

Italia era en 1919-20, después de Rusia, el país más revolucionario de Europa; y mientras ésta en casi todas partes era ya presa de la peor reacción militarista y plutocrática, sólo Italia parecía ser una excepción. El impulso de avance del movimiento proletario era impresionante; todos los partidos revolucionarios se engrasaban por adherencias a ellos ganadas por los perjuicios y los resultados de una guerra que se había hecho contra la absoluta voluntad de las masas populares y con su enorme sacrificio. La revolución tenía el consenso del

mayor número, y hasta una parte de las clases dirigentes parecían resignarse. ¿Quién no recuerda los motines por la carestía de los víveres de mayo y junio de 1919, que se propagaron, como el fuego en un reguero de pólvora, por toda Italia, en algunos lugares con la participación de elementos militares? Aún no se había instituido la Guardia Regia, las milicias estaban cansadas de estar bajo las armas y el Estado no tenía ninguna fuerza seria para oponerla a una sublevación un poco grande. Los anarquistas y otros revolucionarios propusieron la acción; pero no se quiso hacer nada, pero no perjudicar una manifestación internacional rusa, de la que los socialistas esperaban, quién sabe qué cosa, para el 20-21 de Julio sucesivo, que resultó una cosa mezquina internacionalmente, y en Italia se desarrolló sin ningún resultado de eficacia.

Por segunda vez se presentó la ocasión lúbrica fines de junio de 1920, durante la sublevación militar de Anconá contra la guerra en Albania, que trastornó al gobierno; un gesto audaz habría bastado para hacer proclamar la república, para la que entonces también estaba favorablemente dispuesta una parte de la burguesía. Pues bien; los comunistas que entonces dirigían al partido socialista rechazaron toda idea de motín republicano, porque éste habría conllevado a una república social-democrática moderna, y ellos querían la dictadura comunista: todo o nada. No comprenderlo, no recordaron que todas las revoluciones, hasta las más radicales, como en Rusia, empezaron de este modo, con el simple derribo del gobierno, pero que sin embargo precipitan tras él todas las otras instituciones políticas y económicas odiadas por el pueblo. ¡Y así no obtuvieron absolutamente nada!

La tercera vez, la última, fué durante la ocupación de los fábricas, en agosto-setiembre de 1920, que si se hubiera extendido a todas las otras categorías de oficios y hubiera sido apoyada por los partidos y organizaciones proletarias habría podido generar una de las revoluciones más radicales y monas angustiosas que recuerda la historia. En aquel momento la clase obrera estaba llena de entusiasmo y bien armada. El mismo go-

Cosas de la Rusia bolchevique

bierno confesó más tarde que no tenía entonces fuerzas suficientes para debelar tantas fortalezas como establecimientos en los que los obreros se habían atrinchado. Pero también la ocupación de las fábricas acabó en nada por la burla goliottiana, tomada en serio por la Confederación General del Trabajo, del prometido proyecto de control sobre las fábricas.

Fué una ducha fría. Fué como el principio de la retirada para un ejército que hasta entonces había avanzado siempre. Inmediatamente un sentimiento de depresión corrió por las filas obreras, y viceversa, el gobierno empezó a hacer sentir su fuerza. Aquí y allá empezaron las pesquisas y los arrestos. Apenas un mes después del abandono de las fábricas, en octubre, fueron arrestados Armando Borghi, Enrique Malatesta, muchos redactores de *Umanità Nova* de Milán, Virginia D'Andrea; fué disuelta por la policía la reunión del Consejo General de la Unión Sindical Italiana en Donola. Arrestos de anarquistas se efectuaron en toda Italia, y requisas hasta en los más pequeños centros; la más pequeña arma que se encontraba era secuestrada y daba motivo a la prisión.

Los más creyeron que era una medida reaccionaria tomada únicamente contra los anarquistas, y por ésto fueron egóticamente dejados solos. Pero se trataba de un simple ensayo. La reacción, por este primer acto de defección, de rotura de la solidaridad interproletaria, comprendió que ya tenía el camino libre, y prosiguió acentuándose, primero a paso lento, luego con movimiento progresivamente acelerado. Y como la reacción clásica, de los estados de sitio, de las leyes excepcionales, de los arrestos en masa, de la disolución de asociaciones no era ya posible; como la reacción policial podía bastar para las minorías anarquistas y ultrarrevolucionarias, pero en cambio era impotente, insuficiente, y podía tener efectos contrarios a sus fines, para los grandes masas proletarias, se lanzó contra éstas el mastín del fascismo.

Lo demás ya se sabe. El proletariado italiano desde 1920 en adelante marchó de derrota en derrota, vivió en ruinas muchísimas de sus organizaciones, todas sus libertades coartadas, muchos de sus edificios incendiados, muchos de sus hombres apaleados y asesinados; y no tuvo más consuelo que el de los éxitos electorales que de ningún modo detienen la reacción que, llena de audacia, se niega altaneramente de las leyes y de los legisladores y es capaz de ponerlo todo bajo sus pies con el tal de salvar para la minoría de los privilegiados el portamonedas y el bastón de mando.

La burguesía no tiene escrúpulos. Ya democrática y volterriana, ella invoca hoy todos los despotismos, el del sabel y de la horca como el del hisopo y de la mordaza, pronta a echarse en brazos de una dictadura militar o de un gobierno de curas, aún a costa de deshacerse del parlamento, con tal de que el poder estatal logre obligar al proletariado a permanecer bajo el yugo, a abandonar toda veleidad de libertarse de la esclavitud del salario. En el fondo de la crisis que sacude de arriba a abajo a la sociedad italiana, tras el escenario de las continuas mudanzas de ministerios, está siempre este sueño turbio de un salto atrás que constituye el inconfesado pero ardiente fermento provocador.

Pero es un sueño vano. Si fuese dado el salto hacia atrás, podría provocar graves desastres momentáneos, costar muchos dolores, lutos y sangre al proletariado y a los partidos de progreso, pero inmediatamente después sucedería lo mismo que antes. Las esperanzas de libertad y de bienestar renacerán en la clase trabajadora, y de estas esperanzas resucitarán las ideas de justicia social, y por consiguiente, nuevos esfuerzos, nuevas luchas. Y la revolución volverá a ser, pero con mayor seguridad, la eventualidad del mañana.

Luis FABBRI.

Bolonia, 26 de febrero de 1922.

(1) *La Contrarrevolución Preventiva*, L. Fabbri. — Edit. L. Cappelli, Bolonia.

Basándonos en informes oficiales, publicados por diarios comunistas y periódicos "autorizados" por el gobierno del Soviet, pondremos de manifiesto algunas cosas que pasan en Rusia y que se parecen mucho a las que suceden bajo el odiado régimen de la burguesía. Se trata de hechos revelados, no por los enemigos del régimen "comunista", sino por sus más firmes defensores y dados a publicidad en el mismo lugar donde imperan Trozky, Lenin y demás jefes del partido bolchevique.

De la lectura de estos informes absolutamente auténticos, se pueden deducir elocuentes conclusiones respecto a la verdadera situación del proletariado en la Rusia revolucionaria y bajo el gobierno dictatorial del Partido Comunista. Que el lector se haga las deducciones del caso. Nosotros exponemos hechos, transcribiendo las siguientes noticias de sus mismas fuentes de información, libres de toda adulteración por parte de los enemigos del gobierno bolchevique.

Varias clases de muertos.

Del diario bolchevique "Izvestia", de Moscú, tomamos parte de un artículo referente a problemas comunales, como el de enterrar los muertos, atajar vivencias, pagar impuestos, etc. La "Izvestia" se llama órgano del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia de los Soviets, de diputados, obreros, campesinos y cosacos y del Ejército Rojo y del Soviet de diputados obreros y del Ejército Rojo de Moscú. Además de ser órgano de todas estas cosas, y de encabezar la primera página con el consabido: "Obreros de todo el mundo, uníos", ocupa la cuarta plana, íntegramente, con grandes avisos de firmas capitalistas, nacionales y extranjeras, en los que mendeane palabras de este tenor: Reapertura de nuestra casa, reiniciación de negocios, reanudación de actividades, etc., como si los avisadores quisieran indicar con ello que, si bien los bolcheviques fueron capaces de llevar al proletariado ruso a semejante grado de debilitamiento, físico y moral, en cambio a ellos no les pudieron hacer nada, estando ellos (los capitalistas) en condiciones de reaprender la explotación con nuevo vigor.

De "Izvestia", pues, transcribimos lo siguiente, publicado en el número 1459, perteneciente al 27 de enero de 1922:

"En "Izvestia" — dice cierto artículo — correspondiente al 25 de enero, se manifestaba el propósito que abrigaba el Departamento de la Comuna de Moscú, respecto a la instauración del pago de los entierros con sellos de antigüedad, reducidos al curso de la moneda actual.

"Los entierros se dividen en tres categorías: entierro de rico; diez millones de rublos por muerto; semi-rico: 2 millones y medio; entierro pobre: 846 mil rublos. Si muere una criatura se hace un descuento, debiendo pagar la tercera categoría: 535 mil rublos.

"Hasta ahí todo va bien. En vez de un entierro único, de acuerdo con las prescripciones sanitarias, se plantea el principio de privilegio. El "burgués" será enterrado con mucha pompa, por 10 millones, mientras que el proletario será despachado por unos cuantos miles de rublos. (Nótese que estos comensales los hace un bolchevique, colaborador de "Izvestia"). Si en una familia obrera muere uno, les bastará entregar un mes de sueldo y asunto concluido. ¿Qué más barato puede ser?...

"Los memorables y de todos conocidos sucesos políticos, llamados justamente "de retroceso" en el frente económico — que tuvo su expresión en el nuevo curso económico, — agravaron extraordinariamente las relaciones en la fase de la vida comunal. La riqueza de "especialmente natural" empezó a convertirse en "especialmente dineraria" (si cabe el vocablo) que se explica fácilmente y está ligada con el caracterizado compañero Lenin y con un conocido folleto que trata del significado de clase de

nuestro retroceso. A los funcionarios del soviet de administración de la ciudad, también les hizo falta dinero, para seguir administrando. Y ellos eligieron la línea que les parece de menor resistencia; se proponen sacarlo todo del obrero: por la electricidad, por el agua, por cada vara cuadrada que pase de las 16 varas cuadradas concedidas por cada persona, etc., llegando así hasta a cobrar la sepultura. Esto no significa otra cosa que la intención de hacer cargar a la masa obrera los gastos de la ciudad, que es necesaria a todo el país. Porque la existencia de la ciudad, como del ejército, ferrocarriles, es tan necesaria, digamos, al campesino como al obrero industrial.

¡Válgame, María Santísima! El diario bolchevique "Izvestia", órgano según dice, de los obreros, campesinos, soldados, etc., etc., que lleva al frente impreso el: "Obreros de todo el mundo, uníos", que responde al partido que intentó la fundación de la Sindical Roja, con el fin, según ellos, de unir las masas obreras de todo el mundo, nos da una muestra de como este mismo partido, si bien no ha conseguido destruir a la clase rica, — la cual renace ahora con energías renovadas — supo, en cambio, dividir a la clase obrera de Rusia, creando dos clases antagónicas: obreros por un lado y campesinos por otro, pervertiendo y traicionando de esta manera, los más elementales principios socialistas.

Pero sigamos transcribiendo del diario bolchevique.

"La obligación de pagar los obreros los servicios comunales, con lo que ganan ahora, significaría el triunfo del principio "todo para el rico". ¿Qué significa el pago de la superficie que pase de las 16 varas por persona? Significa nada menos, que la vuelta de los obreros a los sótanos, dejando las casas burguesas que ocuparon durante la revolución. Porque las casas burguesas, con grandes ventanas y altos techos, no las podrá pagar el obrero, de acuerdo con lo que gana. ¿Qué significa el pago de la electricidad? Simplemente, que eso no existirá en la pocilga del obrero y que sólo se encenderá en la casa del especulador. Y así sucesivamente, hasta el pago del entierro de una criatura.

A este comunista, lo que más le exaspera, es el pago por el entierro. Tiene quizás, que a su muerte, si no hay quien pague por él, quede para alimentar a los perros. Por otra parte, tal vez no merezca otra casa, porque después de abundar en infinidad de comentarios en un par de columnas más, termina su artículo en la forma siguiente:

"El problema comunal puede únicamente ser resuelto mediante la elevación común de la riqueza y no con medidas separadas, como cargar en los hombros de la clase obrera — ya de por sí sobrecargada hoy — el peso de los gastos comunales, sin igualar previamente su salario, hasta ponerlo al nivel de los impuestos".

Esto, creemos, lo dijo Justo hace tiempo. Y eso que no hizo la revolución social rusa, el conocido socialista reformista y amarillo.

¿Qué opinan sobre el particular los comunistas criollos, serviles imitadores de todo cuanto nos llega de Moscú?

Una sociedad por acciones con la participación de capitalistas extranjeros.

Del diario bolchevique: "Novy Mir" (Nuevo Mundo) que en idioma ruso aparece en Berlín, entresacamos del número 32, 7[2]22, las siguientes noticias:

"Moscú 3, (de nuestro corresponsal) — La presidencia del B. C. N. J. (Soviet de Administración Popular de toda Rusia) aprobó el proyecto de formación de una compañía por acciones para la preparación, dentro de Rusia, y exportación al exterior, de cueros sin curir. El capital fundamental de la sociedad se designa en 15 millones de rublos oro. Las acciones se dividen entre el N. C.

B. T. (Comité Popular de comercio exterior), 2.500 acciones, por valor de 2 y 1/2 millones de rublos oro; el B. C. N. J. (Soviet de Administración Popular de toda Rusia), la misma cantidad; el gobierno central de R. C. F. C. R. (República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia), 6.000 acciones, por valor de 6 millones de rublos oro, y los capitalistas Stenberg y Tourin, 4.000 acciones, por valor de 4 millones de rublos oro. El directorio de la mencionada compañía, se compondrá de un representante por cada institución participante y dos de los capitalistas. El puesto de director-gerente, durante los primeros tres años, lo desempeñará Stenberg.

Saqueo en la segunda imprenta "Hosnao".

En el mismo periódico encontramos la siguiente noticia:

"En el Tribunal revolucionario de Moscú se ventilaba el asunto de ocho obreros de la segunda imprenta "Hosnao" (sellos del Estado). Los ocho estaban acusados de haber robado, en julio del año en curso, del depósito de la imprenta, 500 papeles moneda por valor de 100.000 rublos cada uno, o sea, un total de 500.000.000 de rublos.

Mostrada plenamente la culpabilidad de los mismos, el tribunal revolucionario resolvió que los ocho acusados, convictos en haber cometido un gran crimen, que hace peligrar la estabilidad de la autoridad obrera y campesina, en momentos tan críticos para los órganos financieros de la república, sean condenados a la pena capital: al fusilamiento.

Plantado el asunto bajo el punto de vista de la aplicación, a los ocho condenados, de la amnistía decretada con motivo del cuarto aniversario de la revolución de octubre, el tribunal revolucionario resolvió: que a cuatro de ellos se les aplicara la amnistía comunitaria; la pena capital por cinco años de cárcel a cada uno, y a los cuatro restantes, habiéndoseles comprobado haber cometido en el plazo de tres meses, dos robos importantes, y habiendo sido los cabecillas en ambos casos, se resolvió, como a criminales incorregibles, no altorar la condena.

Esta noticia no viene, como la otra, en la sección telegráfica, sino que está perdida entre el cúmulo de noticias diversas, como para no darle importancia.

"Sin mayores dificultades".

"Un caso vergonzoso de "desajuste" sucedido en la población anexa a la estación Pochinok, ferrocarril Orlovsk-Vitebsk.

"El aguatero de la estación N. Davilov, padre de una familia numerosa, ocupaba, en las condiciones generales, una casa. Para su desgracia, esta casa fué comparada por un especulador, el cual exigió el desajuste inmediato de la misma.

"El compañero Davilov se dirigió al Comité Ferroviario, con una solicitud, en la que recordaba el decreto de la inviolabilidad de domicilio de los obreros del transporte, apoyándose también en que el recurrente tenía un hijo en el ejército rojo. Entonces le propusieron mudarse a una pocilga, sin ningún cercano ni comodidades para una familia, ocupada además, por otra familia.

"A pesar de todo, el "desajuste" se produjo "sin mayores dificultades". El jefe del destacamento policial dos días de plazo, desalojando a viva fuerza a dicha familia, una vez cumplido el plazo. Las criaturas, semi-dormidas, estuvieron al frío, desde las 10 de la mañana hasta las 5 de la tarde, hora en que quedó desocupada la otra pocilga, de la cual fué, a su vez, echada la otra familia. Ni valió la intervención de un empleado superior, ni siquiera permitieron cerrar el pu que estaba listo para meter al horno.

"Es necesario llamar la atención de la justicia, para que castigue al que corresponde, por estos desajustes".

(Del órgano de los Sindicatos rusos del Transporte "Hudoo" (Pito), núm. 463.)

"Es necesario llamar la atención de la justicia, para que castigue al que corresponde, por estos desajustes".

(Del órgano de los Sindicatos rusos del Transporte "Hudoo" (Pito), núm. 461.)

De oficina en oficina.

"La comisión médica de la estación Mosewa del ferrocarril Nicoláevsk, ex-

Un manifiesto importante La C. N. del T. de España a la opinión pública y a todos sus adherentes

El gobierno conservador de Sánchez Guerra, para consolidar la precaria existencia del gabinete surgido a raíz de la última crisis ministerial, restableció las garantías constitucionales en toda España. No deja de ser significativo este cambio de política en plena guerra marroquí, máxime en estos momentos de excitación popular y de incertidumbre política, que no pudieron durar esos tres años de pleno estado de sitio y de terrorismo gubernamental.

Do hecho se puede asegurar que el restablecimiento de las garantías constitucionales significa el fracaso de la política terrorista del gobierno español y los métodos policíacos propiciados por el gobernador civil de Barcelona, general Martínez Aledo, brazo derecho de la reacción capitalista en Cataluña e inspirador de la acción criminal del gobierno de Madrid. Como en esos tres años de barbarie y de salvajismo gubernista, el problema social siguió latente en toda España y las organizaciones revolucionarias siguieron en proceso lógico bajo el imperio del terror, resulta interesante la transcripción de uno de los últimos documentos de la U. N. del Trabajo de España, publicado en pleno estado de guerra. Por su espíritu y por las conclusiones a que arriba, es digno de leerse ese valiente manifiesto de la inextinguible organización de los sindicalistas revolucionarios de España, que lograron imponerse al servilismo del gobierno civil de Barcelona.

Contra lo que sostuvieron los oportunistas y políticos de última hora, la Confederación Nacional del Trabajo de España, permanece fiel a sus postulados anarquistas, libre de la contaminación bolchevique y al margen de todo compromiso colectivo con los dictadores rusos. Y es de presumir que, una vez libres los compañeros que supieron conservar puros los postulados revolucionarios de la Confede-

ración, manteniéndose íntegros en el momento del peligro y de la responsabilidad, los oportunistas y políticos serán totalmente desalojados de los puestos directivos que ocuparon en un momento de brutal y sangrienta represión.

Lease, pues, y juzguese, a través de este manifiesto, el verdadero espíritu de la Confederación Nacional del Trabajo de España. Y que se callen los maldecientes y los mentirosos, los sofistas y los políticos renegados que pretendieron viciar sus trayectorias con el ejemplo de esta importante organización del sindicalismo libertario.

Fé de vida.

No se precisa repetir la exposición de causas. Se ha pretendido extirparnos como si nosotros fuéramos un elemento exótico y extraordinariamente perturbador; háse proclamado repetidas veces que habíamos sido extirpados como representación de una clase o una gran masa de trabajadores orientados por un ideario de modalidades revolucionarias, y ya se ha visto que ni un solo momento hemos dejado de dar fé de vida. No pretendemos nosotros ocultar que la represión, sin precedentes en la historia, que desde ha tres años venimos sufriendo los anarquistas y sindicalistas de España, ha abierto algunas brechas en nuestras filas; que equivalen a una pérdida de fuerza; pero tampoco debe olvidarse que la vida, en cualquiera de sus manifestaciones, es una serie de episodios de hechos que se suceden ofreciéndonos las más opuestas sensaciones; y si hoy vivimos arrojados al margen de la ley, perseguidos y sojuzgados como los proscripciones morales, sólo a los gobernantes españoles se les puede ocurrir que estamos acorralados, que desaparecemos dejando una antelagua de lo que fuimos, de lo que no volveremos a ser jamás, pues que la realidad habrá de demostrarles muy en breve que el Sindicalismo Revolucionario es un valor positivo, de hondo arraigo en la conciencia del proletariado español, y que es un factor contra el cual habrán de estrellarse los que se obstinan en vivir de espalda a la realidad. Mas no es eso lo que más nos interesa dejar sentado como preliminar del presente manifiesto.

El feroz desbordamiento de los instintos reaccionarios del capitalismo español; la medioevalidad de los procedimientos gubernamentales de la política predominante en España; han logrado enmudecer — tal vez obedeciendo a una consigna — el espíritu liberal del país. El imperio del terror como única norma de gobierno ha llenado de espanto y de horror al pueblo, y España háse convertido en una nación sin alma, sin conciencia colectiva.

Y nosotros, conscientes del actual momento histórico, comprendimos la inutilidad de todo esfuerzo para levantar los espíritus. La coalición capitalista-gubernamental se había propuesto la realización de una obra ideológica de vejeanía, y adivinamos que aquella habría de sellarse; ¡por qué, pues, malgastar energías? Pero en estos momentos en que los elementos representativos de diversos sectores de la opinión dejan oír su voz discordante, de reproche a los conculcadores de los preceptos constitucionales y del derecho de gentes; hoy que empieza a operarse la reacción de la conciencia colectiva, es llegada la hora de que la Confederación Nacional del Trabajo, serena y francamente, segura de su valor y sin estridencias, exponga su pensamiento acerca de los problemas que están planteados y cuál será la actitud respecto a los mismos.

(Del órgano de los Sindicatos rusos del Transporte "Hudoo" (Pito), núm. 463.)

"Es necesario llamar la atención de la justicia, para que castigue al que corresponde, por estos desajustes".

(Del órgano de los Sindicatos rusos del Transporte "Hudoo" (Pito), núm. 461.)

¿Qué representan los sindicatos libres?

El juicio está hecho por la opinión pública de Barcelona; y a nosotros sólo nos corresponde recogerlo despojándonos de toda pasión y de todo espíritu partidista.

Acogiéndonos a la cifra dada por sus "directores", los Sindicatos Libres constan de 130.000 afiliados. Los Sindicatos únicos estaban integrados por más de 300.000 cotizantes. No pretendemos asegurar que estos 300.000 cotizantes lo fueran todos por espontánea voluntad, pero si aseguramos que la mayoría de afiliados a los Sindicatos Libres, lo son por el terror de las bandas asesinas que protegen las autoridades y por las coacciones que realizan el delegado del ministro del Trabajo, señor Roselló, y en la Jefatura superior de policía, y aún afirmamos que una buena parte de esos 130.000 afiliados no cotizan unos y muy poco otros. Es más: son legión los afiliados a los Sindicatos Libres que cotizan los Sindicatos únicos. Por otro lado, ni para los mismos directores de los Sindicatos "amarillos" es un secreto el que, al cesar la protección de impunidad dispensada por Martínez Aledo y Arlegui a las bandas negras, casi el 90 por ciento de los afiliados a los Sindicatos Libres serán baja para nutrir las filas del Sindicalismo Revolucionario. Es que las organizaciones obreras cuyos dirigentes actúan inspirados por los gobernadores civiles y por los jefes de policía, no pueden merecer la confianza de las masas; y éstas han de llamarse a engaño al ver cómo la Corporación General de Trabajadores tolera en su seno a Sindicatos cuya presidencia honorífica es ostentada por el general Martínez Aledo. No las masas trabajadoras han visto demasiado claro que los Sindicatos Libres suponen para ellos la renuncia de su propia estructura orgánica, moral y económica, y con ansia esperan el momento de manifestar su voluntad y su derecho de opción.

¿Pero en estos momentos en que se trata de demostrar que los Sindicatos Libres, como órganos representativos de la clase obrera son una ficción, un instrumento de las autoridades y de la Patronal, cuyos propósitos no son otros que los de neutralizar la preponderancia y eficiencia de los Sindicatos únicos, o por lo menos, dividir a la clase obrera en diversos bandos, en pugna fratricida.



Es un delito ser madre. La burguesía no quiere sirvientas con niños. Y la madre obrera tiene que rodar, de puerta en puerta, ocultando el fruto de su amor, con la esperanza de ser aceptada para la explotación de sus brazos. Pero es inútil; ellos no quieren niños; prefieren los perros.

La sindicación forzosa.

Por el imperativo de la fuerza coercitiva del Estado, los trabajadores hemos de resignarnos a ser esclavos de la organización presente. Lo que nadie tiene de derecho a pretender es que las organizaciones obreras de resistencia al capital estén coradas con patrones servidos por el Estado, que, a su vez, es mandatario servil del capitalismo.

Del código fundamental del Estado español y de la ley de Asociaciones se desprende en forma inevitable que todos los ciudadanos son libres de asociarse para los fines humanos, políticos y económicos, y por tanto, es a ellos a quienes incumbe determinar la estructura orgánica de sus asociaciones y señalar a éstas su régimen y funcionamiento. Empero los gobernantes, obedeciendo designios de las patronales y pretendiendo inseguridades del orden público, erigense en definidores de la línea que separa lo legal de lo ilegal, y atribuyen a los Sindicatos únicos un espíritu de subversión de todas las soberanías, nacido como consecuencia de su propia estructura orgánica, cumulo, en realidad, no es más que el resultado de una serie de causas que no están ni estuvieron jamás gestadas en los Sindicatos únicos, sino en los salones de las patronales, de la Jefatura de policía y gobierno civil.

Los Sindicatos únicos, mal que les pese a sus detractores, fueron constituidos con la agencia de las mayorías, por acuerdo de las juntas generales de los antiguos Sindicatos profesionales, y los estatutos de aquéllos han sido aprobados con arreglo a la ley de Asociaciones. Se dice que los Sindicatos únicos han pres-

ciudadano luego de la voluntad de las mayorías y, aún cuando ello dista mucho de ser cierto en absoluto, nosotros replicamos que los Sindicatos únicos han venido a la vida en la última mitad de 1918 y en marzo de 1919 declarados al margen de la ley y, desde entonces, sus locales cerrados, sus comités perseguidos... ¿Cómo, en qué forma se podía respetar la soberanía de las mayorías? ¿Cómo reunir y consultar a éstas en juntas generales, si se nos negaba toda posibilidad de celebrárlas? ¿Acaso se pretende que debíamos disolvernó como coexistencia? Eso se perseguía, precisamente, al declarar los Sindicatos únicos al margen de la legalidad; pero en nuestro interés estaba declarar a la ley fuera del Derecho y de la Justicia.

¿Qué se pretende con la sindicación forzosa? No otra cosa que cercenar el derecho de asociación, pues que en las bases ya se proponen normas que son la negación de la libertad de los Sindicatos a registrarse con arreglo a su libre voluntad. ¿Se quiere controlar la contabilidad y la inversión de fondos? Nadie negaría esa facultad a las autoridades. Pero es que el requisito de presentar las cuentas o balances al gobierno civil lleva anexo el otro de legalizar las elecciones de juntas y comités ante la primera autoridad, y ello es tanto como facilitar unas listas de nombres y domicilios a la policía para que ésta realice arbitrarias vejaciones e infamias cuando se suscitan huelgas o se altera el orden por cuestiones políticas, casi siempre ajenas a las organizaciones obreras. El procedimiento es antiguo y ahí están las algaradas catalanistas que provocaron la suspensión de las garantías en enero de 1919, régimen que sólo se utilizó para perseguir a los sindicalistas y clausurar los centros obreros, utilizando para ello los oficios al gobernador comunicando la elección de juntas y comités de los Sindicatos únicos. Y si ello es así, ¿con qué derecho se quiere que las organizaciones obreras entren de lleno en la legalidad? ¿Dónde están las garantías de respeto, de inviolabilidad que, en cambio, necesitan los obreros?

Las leyes según los pueblos.

En una nación como la nuestra en que se legisla a capricho y cerrando los ojos a las realidades tangibles, es posible que llegue a cristalizar la insólita idea de imponer la sindicación profesional forzosa. Y si así fuera, nadie tendría derecho a hablar de relajación de la disciplina social por cuanto, una vez más, desde arriba se habrá dado el ejemplo.

No se olvide que el intento ya dirigió específicamente contra el proletariado barcelonés, contra las organizaciones obreras de Barcelona y su provincia, y sería pueril suponer que la flera y salvaje represión actual ha de ser el argumento que extinga la secular idiosincrasia del pueblo que trabaja.

Hágase la prueba, decretése o promulguese una ley de sindicación forzosa y se verá que han sido un Real decreto o una ley más que no se acatan ni se cumplen. No son las leyes las que hacen las costumbres, sino éstas a aquéllas. ¿Y no es la más patente prueba de insanía pensar que una simple ley pueda transformar radicalmente la psicología de un pueblo como el catalán? ¿Es, acaso, una ley la que puede extirpar la secular aversión de la burguesía catalana, ¿Quién duda que una ley, ni mil leyes, no ha de bastar para ahogar las aspiraciones del sindicalismo revolucionario, empujando en conquistar las máximas reivindicaciones morales y económicas y en controlar la organización en todas sus manifestaciones?

Todo esto está negado por esa pretendida sindicación forzosa, y por tal razón la sindicación forzosa no puede ser una realidad, y si lo fuera, sería una realidad pasajera.

Lo que se lograría.

Digase lo que se quiera, no ha sido la naturaleza de los Sindicatos únicos, ni las propagandas de sus hombres, las que engendraron las violencias que han caracterizado las luchas sociales de los últimos tiempos; ellas sólo han sido el efecto. Las causas, con empuje de resultantes lógicas, fatales, siguen siendo ese vedado empeño en mantener las orga-

nizaciones obreras fuera de la ley, ese perseguir a los trabajadores como si fueran facinerosos y esos prolongados y sistemáticos encarcelamientos de los mismos. Acórrelense al animal más inofensivo, y éste se defenderá a dentelladas. Así los sindicalistas y anarquistas. Reflexiónese. Estamos acostumbrados a actuar en la clandestinidad y en pleno y prolongado régimen de excepción. Los Sindicatos únicos están todos en pie, y algún día habrán de ser restablecidas las garantías constitucionales. Y en la ley de sindicación forzosa, lo único que se lograría sería el que los Sindicatos únicos continuasen en la clandestinidad y la clandestinidad engendra la violencia inevitable. Y ello no es ninguna solución.

La opinión pública empieza a agitarse reclamando el retorno a la normalidad y la pacificación de los espíritus. La legítima organización obrera no habrá de ser un obstáculo para la realización de ese deseo; únicamente pedimos se nos haga justicia, sólo la justicia suficiente, la necesaria para desarmar los odios acumulados por tres años de martirios.

El mínimo de justicia.

En las cárceles españolas yaceu centenares de honrados trabajadores por el solo "delito" de pensar en un futuro de trabajo y de amor y libertad o por haber estado inscriptos en los Sindicatos. Si el delito de que se les acusa estuviera sancionado por el Código penal, esos trabajadores gozarían hace tiempo de la libertad de que hoy se ven privados.

Por justicia, esos trabajadores no deben estar ni un momento más ahorrados como vulgares delincuentes.

Son varios los compañeros que visten el uniforme de los penados, sufriendo condena por delitos de opinión comprendidos en el indulto Sánchez Toca, promulgado en septiembre de 1916; se han improvisado procesos que sólo existían en antiguos atestados policíacos, por cuyo escaso valor no pasaron a los tribunales oportunitamente. ¿No es eso la más elocuente prueba de la injusticia sistemática en vigor para renemorar: algo así como la paz de Varsovia, estatuada sobre los cuerpos y la dignidad de los obreros inmolados, encarcelados y perseguidos.

Condenados a presidio, y hasta a pena de muerte, yacen algunos compañeros; otros están encartados en procesos cuyas calificaciones son gravísimas y las penas solicitadas horribles. Y nosotros declinamos que éstas penas aplicadas y las que se intentan aplicar recaen sobre obreros inocentes, aunque a los ojos de los jueces aparezcan culpables.

La simple acusación de un hampon o de un tahur de "muselo-hall" erigidos en confidentes de la policía no pueden ser base para sentenciar a un hombre. Tampoco pueden serlo las declaraciones arrancadas por la promesa de dádivas, o ante la presencia de instrumentos de tortura, o por el dolor del mismo tormento. En la jefatura de policía de Barcelona, háse apaleado ferrozmente a sindicalistas y anarquistas por individuos de los Sindicatos Libres, con el propósito, no siempre fallido, de hacer declarar a los apaleados, lo que a la policía le convenía a su interés. Con el mismo fin, policías — cuando las víctimas hablen se sabrán los nombres de los verdugos — y el mismo Arlegui, han torturado criminalmente a varios detenidos, y así hay hombres honrados e inocentes de los hechos que se les imputa camino de presidio, unos; esperando la misma suerte, otros, y algunos con la trágica perspectiva de subir las gradas del patíbulo.

En Barcelona y en España se están escribiendo para la Historia nuevas páginas repletas de monstruosidades jurídicas. Pero el proletariado español, clase única en España capaz de hacer justicia, sabrá imponer la reivindicación de tal majestad con la revisión de todas las causas.

Queremos justicia, o no habrá paz.

Nuestra posición ideológica.

El Comité Confederal, camaradas adherentes y simpatizantes, observa las campañas de reproche y de censura levantadas en su contra. Nosotros no diremos que esas campañas no son razonables, pero sí declaramos que en el fondo son injustas. Son razonables, porque en

la cuestión de la Internacional Sindical Roja de Moscú el Comité Confederal sigue una conducta superficialmente llena de ambigüedades y de peligros para la pureza de los principios que informa a la Confederación Nacional del Trabajo; mas son injustas porque una causa sagrada, de un fondo altamente humano, impide que el Comité proceda de otra forma. Entendáase bien: En el fondo de la conducta del Comité hay una causa sagrada, altamente humana, que exige sacrificios para ganarla, y que estamos próximos a ganar. Que nadie pida más explicaciones por ahora.

Sin embargo, para acallar ciertas campañas, queremos ser más explícitos. Hemos convenido en el último Pleno que la Confederación Nacional del Trabajo, a pesar de los compromisos contraídos por los delegados españoles en los dos Congresos de la I. S. R., proseguirá adelante a ésta con carácter provisional y con arreglo al acuerdo del Congreso del teatro de la Comedia. Esa situación provisional no prejuzga nada y a nada nos obliga, y, en cambio, tal vez puedan estar presentes en el Pleno en que se trate definitivamente la cuestión, los delegados que fueron a Moscú, lo que nos permitirá resolver con la máxima conciencia, aparte de que ese aplazamiento, sobre todo, nos concede un margen de tiempo que nos es absolutamente indispensable para aquella causa que ya hemos insinuado.

REAFIRMACION DE PRINCIPIOS

Queremos ser más explícitos.

Nosotros, esencialmente anarquistas, no admitiremos otras orientaciones e ingerencias en nuestra misión que aquella que vengan de los mismos anarquistas.

Nosotros rechazamos toda modalidad de lucha que no sea la de acción directa y que no peralga como fin la implantación del comunismo libertario.

Nosotros somos y seremos siempre enemigos irreconciliables de todas las dictaduras, sea cual fuere la etiqueta que se las ponga.

Nosotros hacemos profesión de federalismo, reconocemos la libertad que va del individuo a la colectividad, y de ahí nuestro propósito de defender e inculcar los principios federalistas específicamente libertarios por profundas desviaciones, mucho tiempo ausentes de las organizaciones sindicalistas revolucionarias.

Nosotros, en fin, somos y seremos siempre enemigos del Estado, de todas las formas de Estado y de sus instituciones.

Y nuestros principios son los de la C. N. del Trabajo.

Ahora, después de esta declaración, que cada cual acepte la responsabilidad de sus actos y de sus impacencias.

Por la Confederación Nacional del Trabajo, — EL COMITE.

Páginas viejas

"Abolida las cárceles, abolida los gendarmes y los hombres se matarán unos a otros" Vieja fábula, coco para los niños.

Abolida cárceles y policias y la humanidad continuará su evolución hacia el bien, hacia lo mejor; como la abolición de la pena de muerte en algunas naciones más adelantadas no ha dado lugar a los delitos de sangre, así el caso del derecho penal apartará una aurora de paz y de felicidad.

Pero si a quemarropa preguntáis a nuestro interlocutor: "¿Si mañana no existieran ni reclusiones ni guardia civil usted, usted mismo mataría al primer hombre que se le pusiera por delante por un quítamo allá esas pajas, por una nonada!"

La respuesta no se hará esperar. El sentimiento de solidaridad que podríamos llamar altruista es quien nos empuja al respeto recíproco de nuestra integridad personal y halla apoyo y refuerzo al mismo tiempo en el sentimiento egoísta de la propia conservación. Abolida las cárceles, abolida la guardia civil, y un hombre se guardará siempre de agredir a su compañero por temor de sucumbir a su vez en la lucha. La legi-

tima defensa, alguna vez reconocida por las mismas leyes penales, puede llevar a consecuencias fatales, y, por consiguiente, nadie querrá exponerse a que le maten sin motivos de máxima gravedad.

No tiembren, pues, los positivistas, los deterministas, los materialistas, no tiembren de miedo... ante la muerte del derecho penal. Su muerte no nos traerá la barbarie, ni el derecho del más fuerte como se figuran. Demasiado bárbaros somos aún y lo seremos quien sabe por cuantos siglos, y no será ciertamente en virtud de una dalumba de leyes penales. Que un rayo de civilización venga a iluminar esta corriente de seres que fanélica y sedienta sube por el Calvario del dolor y de la muerte; falta al proletario la ciencia y la conciencia de la solidaridad, que debería venir como única soberana entre todos los trabajadores del mundo.

L. MOLINARI.

TROZOS SELECTOS

No es bueno decir que cuando no haya más clases privilegiadas, el gobierno no podrá ser otra cosa que el órgano de la voluntad colectiva; los gobernantes constituyen ellos mismos una clase, y entre ellos se desarrolla una solidaridad de clase, mucho más poderosa que la que existe en las clases fundadas sobre privilegios económicos.

Es verdad que todo gobierno es siempre de la burguesía, pero no precisamente porque es gobierno, sino porque sus miembros son burgueses; por otra parte, en cuanto es gobierno, como todos los criados, engaña a su patrón y lo roba.

El que está en el poder quiere permanecer en él y quiere a cualquier precio hacer prevalecer su voluntad, y puesto que la riqueza es instrumento eficazísimo de poder, el gobernante, si no abusa también y no roba personalmente, fomenta a su alrededor el surgimiento de una clase que le deberá sus propios privilegios y que estará interesada en su permanencia en el poder. Los partidos del gobierno son en el campo político lo que son las clases previsoras en el congreso económico.

Propiedad individual o poder político, son los dos anillos de la cadena que oprime a la humanidad.

No es posible libertarse de uno sin libertarse del otro. Abolida la propiedad individual sin abolir los gobiernos y aquélla se reconstituirá por obra de los gobernantes. Abolida el gobierno sin abolir la propiedad individual, y los propietarios reconstituirán el gobierno.

Cuando Federico Engels, tal vez para resguardarse de la crítica anárquica, decía que desaparecidas las clases, el Estado propiamente dicho no tiene más razón de ser, y se transforma de gobierno de los hombres, en administración de las cosas, no hacía más que un juego de palabras. Quien tiene el dominio sobre las cosas, tiene el dominio sobre los hombres; el que gobierna la producción, gobierna a los productores.

El problema es este: O las cosas son administradas según el libre pacto de los interesados, y de los interesados mismos, y entonces existe la anarquía, o son administradas según las leyes hechas por los administradores; y entonces existe el gobierno, el Estado, y, fatalmente, se vuelve tiránico.

E. MALATESTA.

Vivir para conservarse, está bien. Vivir para darse, es mejor. Todo goce perfecto consiste en expandirse y en reintegrarse, por comunicaciones continuas, en el Pan universal del cual no nos ha separado la evolución sino para hacerlo, por medio de nosotros, más grande y mejor. El hombre toma así los destinos de la tierra en sus manos y, cediendo al eterno deseo de vibrar al unísono de los demás, buscando perpetuamente la felicidad en nuevos contactos de su "yo" más completo con el universo ensanchado, corona al Gran Pan con un organismo social de justicia y de amor, que su sueño le hace ver de ideal belleza.

G. G.